

La presentación de un libro está destinada a convertirse en un acto donde se encuentran amigos del autor y quienes asisten con la idea de escudriñar el contenido de la obra.

Mi reconocimiento a unos y a otros, a los que me acompañáis aquí, queridos amigos, o están ustedes con nosotros llamados por la curiosidad.

EL LETARGO DE ABUDIA es una novela, la historia de la forja de una vocación, el cuento de una travesura, la figuración de una sociedad a través de las relaciones que determinan el devenir de la dirección de un periódico de una ciudad provinciana.

Entre unos, los aduladores, y otros, los discrepantes, está la mayoría de la población de Abudia, adormecida, callada, entregada a los encantos de la mediocridad y, sobre todo, discreta, reservada, prudente, con tacto a la hora de decir y hacer. O no decir y no hacer. Es EL LETARGO DE ABUDIA, en el que Pinto Vargas Cruz, el director de un periódico nacido para discrepar y bastión de unos cuantos ilusionados en algo que no iba a cambiar nunca, conduce una historia de filias y fobias, de inmovilismo y voluntarismo, de preocupados y de desinhibidos, de inteligentes y de listos, de íntegros y de corruptos. La historia de una ciudad cualquiera en cualquier momento.

La obra es un relato en el que a través de su protagonista principal se cuenta la situación de una ciudad, el juego en el que se mueve su sociedad.

No se trata de una obra sobre una ciudad. Abudia no existe aquí, aunque tenga el mismo nombre de una capital de Bangladesh, como me descubrió hace unos días la periodista Julia Zafra.

Abudia está presente allí donde se dé una estructura dirigente que determine una sociedad callada, complaciente, frustrada por su incapacidad para desarrollar sus potencialidades, apegada al poder fáctico, del cariz que fuese, que no puede diferenciar lo cierto de lo inventado, reservada, prudente...

En la novela se sitúan dos personajes cuya presencia colateral marca la historia.

De un lado aparece el amigo que facilita la definición del personaje principal, un maestro entrañable, tranquilo, tolerante y firme.

En otro está la compañera de trabajo ligera, sin recursos, correveidile, insustancial y desinhibida hasta el límite de dejarse manipular a propósito.

Entre medias se perfilan otras presencias, también perfectamente definibles, en lo bueno y en lo malo.

Desde el que es capaz de producir la primera traición desde el inmovilismo, a quien proyecta la lealtad por encima de lo exigible.

El que se lleva la mano a la altura de corazón cuando lo que busca es comprobar que tiene la cartera repleta, aunque nunca se encontrará el respeto a las ideas que dice defender y sí una gran dosis de desvergüenza.

El que consigue confiar en la profesionalidad y en la buena intención de quien sí ejerce con una ideología y unos principios por encima de espurios cuando no inconfesables intereses personales.

Ello lo resume el personaje principal con una frase de Séneca, “defender la causa de los dioses”, cuando se plantea qué hace él en la lucha que mantiene el periódico que dirige frente al otro rotativo de la provincia, que es la referencia en el territorio.

¿Es, pues, la novela una historia de periodistas? Ni mucho menos. Ni siquiera es una historia, pretende ser una fábula, una narración imaginaria que se mueve en el tiempo, que intercala situaciones y personajes y que, eso sí, se plantea como un alegato contra lo que representa en nuestra sociedad, la española, y me atrevería a decir, a fuer de ser pretencioso, en la sociedad occidental en general, algunos contravalores que la invaden y la tibieza como compendio de todos ellos.

La tibieza como metáfora de la inseguridad humana, de su carencia de identidad, como recoge Walter Fielding siguiendo a San Agustín, Shakespeare y, fundamentalmente, a Dante, que coloca a los tibios apenas cruzadas las puertas del infierno, pero sin llegar a éste, inconmensurablemente lejos del cielo, gritando, dolidos, en un lugar neutro y apagado, sin brillo alguno.

Tibio, para Fielding, y para mí, no es sólo el que se queda en el medio sin comprometerse, sino también el mediocre que se conforma con poco y no arriesga, que entrega su vida a decisiones externas, el que en definitiva, no se hace cargo de su existencia.

Con ello, como en toda obra literaria, será el lector, quien tenga primero la iniciativa de comenzar y luego la paciencia de acabar el relato, el que obtenga la conclusión de poner a Abudia en las coordenadas geográficas que desee.

Seguro que no coincide con este autor, para quien el mejor sitio para esta Abudia es el limbo o, mejor, la nada.

Y con el visto bueno a la idea y mis sesenta páginas bajo el brazo me presenté en enero pasado en el despacho de mi editor, Rogelio Delgado. Dejé allí un original, en la sevillana plaza de San Juan de la Palma, y me traje de vuelta o la necesidad de ampliarlo más del doble o completar la publicación con una serie de relatos.

En éstas, la sequía creadora me llevó a aparcar la idea, aunque cometí el lapsus de no comunicárselo a mi editor, que, ingenuo él, me respondió un correo electrónico sobre otro tema con un “¿qué tal Abudia?”. Era el pasado 6 de marzo.

Hizo sin querer una cosa que a veces puede resultar peligrosa, aunque en esta oportunidad posibilitó que este novel escritor cerrase una obra, que con una idea bien diferente, pero con la misma columna vertebral, comencé, creo, hace doce años: me tocó el amor propio.

He de reconocer dos cosas: que mejor tocar el amor propio que no otro elemento de mi personalidad y que Rogelio no se va a

enterar en este momento, porque se encuentra fuera de España, que su pregunta a través de las nuevas tecnologías ha servido, y no sólo de manera operativa, a que estemos aquí reunidos.

Como novela que se precie ha de tener una presentación insigne, y como de amor propio hablamos, me dije que como a mis amigos Paco Sánchez Zamorano y Manolo Rodríguez Moyano les habían presentado sus respectivas publicaciones, “El Crepúsculo de Virbio”, un ex ministro y editor, y “Belmez en sus documentos”, un catedrático de extraordinaria altura, tendría que esforzarme en buscar una fórmula al menos original para mi primera obra literaria. Y quizás influido por la publicidad opté por el dúo.

Así que me fijé primero en quien podría representar la anti-Abudia. Una de esas personas que participaron en la histórica transformación de España que supusieron los casi catorce años de Gobierno de Felipe González y que, además, estuvo al frente de su comunicación durante cinco años.

Una persona progresista, activa y también intelectual y comprometida con la actual realidad española y que como Ministra Portavoz del Gobierno fue, junto a Matilde Fernández, la primera mujer en sentarse en el Consejo de Ministros en la nueva era española que se inició en octubre de 1982.

Toda una joya su presencia y un referente para este autor.

Nada dudé cuando decidí que interviniese un amigo que recogiese los valores de progresismo, iniciativa y compromiso que representa Rosa Conde.

El primer recuerdo que mi mente guarda de Rafael Blanco es cuando le dije que se sentase y se callase o que le iba a pitar una técnica. Él era entrenador de baloncesto y yo árbitro. Él no militaba entonces en el PSOE y yo no era periodista. Creo que yo no tenía ni la mayoría de edad.

Desde aquella escena en el Club Figuerola han pasado mucho tiempo y muchas cosas. Él abandonó el baloncesto en beneficio de la

natación y yo lo hice en detrimento de mi figura. Él se convirtió en protagonista de la realidad y yo en narrador de la misma, hasta el punto que fui el único periodista que le vio debutar en un acto público de su partido en la campaña electoral de 1995. Antes, en 1992, le había echado una mano en su exitosa campaña para ser por primera vez presidente de la Federación Española de Natación.

Desde ese momento forjamos una relación con apego y sincera, sin las veleidades de quienes se necesitan uno al otro.

Verdad es que podría haber invitado a otro amigo, a otras de las personas con la que puedo asemejar la relación que mantengo con Rafael y con otra ideología y planteamiento, pero aquí, en esta Córdoba de julio de 2006, creía sinceramente que no hay otro que represente mejor los valores que con el conjunto de España pone de manifiesto Rosa Conde, y que hasta ahora ha demostrado no ser nada tibio.

La obra quiere definir por encima de otros valores el compromiso, la amistad profunda y la lealtad, frente a quienes representan todo lo contrario. El personaje más entrañable le enseña al protagonista que “*ser tolerante, paciente y tranquilo no debía estar reñido, muy al contrario, con la firmeza, la iniciativa y el nervio*”. Y así ha sido, es y espero que siga siendo nuestra relación.

¿Y por qué ahora esta novela? La exposición que organiza El Legado Andaluz sobre la figura de Ibn Jaldún, un humanista de origen andaluz, que se encuentra en el Alcázar de Sevilla, narra cómo, cuando fue designado chambelán en la Corte de Bugía, en la actual Argelia, entre duras luchas políticas que gestaron su desilusión política, confesó que se había curado de la “seducción de los cargos” y que anhelaba centrarse en el estudio. Y yo, cuando regresé a EFE desde la Diputación de Córdoba estaba como Ibn Jaldún en Bugía.

Me encontré totalmente repuesto de la seducción de los cargos, con la elaboración paralizada de una biografía, en plena redacción de un ensayo sobre la creación del primer servicio

provincial de noticias de una agencia informativa, que escribo junto a una compañera de EFE, y un relato, entre proyecto de novela y concreción de la indefinición. Opté por dar salida primero a EL LETARGO DE ABUDIA.

Quizás la mayor plasmación de la tibieza que se erige en referencia crítica de la novela es el círculo vicioso de la historia. No me voy a referir a la II República, que podría venir a propósito como reconocimiento al 75 aniversario de su proclamación y del 70 de su aniquilación, que se fraguaba ya a estas horas del 17 de julio de 1936 con la rebelión de las tropas asentadas en África, sino al inicio de la monarquía de Alfonso XII.

Entonces, el pontanés don Manuel Reina sacó el primero de febrero de 1882 una revista quincenal, “La Diana”, que ha reeditado en facsímil, con motivo del centenario de su muerte la casa, que hoy nos acoge con extrema generosidad, CajaSur, la Junta de Andalucía, el Ayuntamiento de Puente Genil y la Diputación de Córdoba, a la que he servido con mi mejor saber y la mayor lealtad durante tres años.

“La Diana” dibuja en su primer número sus propósitos y aspiraciones sobre ideas y principios de libertad y progreso de la siguiente manera, hace casi 126 años, aunque bien podríamos aprender hoy de ello:

*Después de casi un siglo de combates sangrientos, de recriminaciones envenenadas de ira, de destrucción y de odios, la sociedad española, bajo los auspicios de la paz, de la mutua tolerancia, de la suspirada reconciliación, inicia el reinado apetecido del progreso pacífico, de reformas útiles y de mejoras fecundas.*

*A su advenimiento –prosigue el primer editorial de “La Diana”- a contribuir venimos a la obra de reconstrucción que se impone en todos los espíritus generosos en el campo de la política, en las letras y las artes, en el de las ciencias y los progresos materiales.*

Siguiendo a Fielding, la tibieza es la metáfora de la inseguridad humana, de la carencia de identidad, o, como recoge

Dante en su “Infierno”, la *ciega vida* de los tibios es *tan despreciable que envidian cualquier otra suerte*, o, como dice en referencia a Hamlet, *la indecisión tibia es la que se usa como excusa para no tomar una decisión*.

Con un reconocimiento y un agradecimiento sincero a todos aquellos, familiares y amigos, que han animado y contribuido, algunos de ellos sin saberlo, a que EL LETARGO DE ABUDIA sea hoy mi primera novela, no quiero acabar este alegato contra la tibieza desde una perspectiva negativa.

Como escuché hace unos días, interpretando a San Pablo en una homilía, a Rafael Galisteo, mi compañero de profesión y el cura que me casó, y sin embargo amigo, que *nunca nadie crea que sus pecados son tan grandes que no tienen perdón*. Creo, añado yo, que estamos a tiempo de recibir la absolución.